

January 14, 2024

I love the water! When I purchased my first home in Georgetown 22 years ago, the first major project was to finish off the perimeter fence. The second was to install a pool. When you live in the Texas heat, it's always good to have water nearby! And, if you know me well, you know how much I enjoy going on cruises and spending time near the ocean. John's Gospel begins with John the Baptizer, which means water (the Jordan River).

This Sunday's Gospel includes the calling of the first disciples, in which John the Baptist recognizes Jesus as the Lamb of God and St. Andrew calls Jesus the Messiah, the Anointed One. This Lamb of God has a mission: to reveal the Glory of God, and to suffer and die. The blood of the Lamb will flow, as will water from His side.

*But one of the soldiers pierced his side with a spear, and at once there came out blood and water* (John 19:34). Through Baptism we participate in the Passion, Death and Resurrection of our Lord, and are born into new life. We are reconciled with God the Father and have friendship with God. God's Spirit comes to dwell in us, as we dwell in God. We become the living tabernacle of God's love.

The Catechism speaks of the mission of the Lamb of God, with reference to his encounter with the Samaritan woman at Jacob's well:

*"Jesus said to her, 'Everyone who drinks of this water will thirst again, but whoever drinks of the water that I shall give him will never thirst; the water that I shall give him will become in him a spring of water welling up to eternal life.' The woman said to him, 'Sir, give me this water, that I may not thirst, nor come here to draw'"* (John 4:13-15).

*"If you knew the gift of God!" The wonder of prayer is revealed beside the well where we come seeking water: there, Christ comes to meet every human being. It is he who first seeks us and asks us for a drink. Jesus thirsts; his asking arises from the depths of God's desire for us. Whether we realize it or not, prayer is the encounter of God's thirst with ours. God thirsts that we may thirst for him* (CCC 2560).

In John 7, at the end of the Feast of Tabernacles "*Jesus stood up and proclaimed, 'If any one thirst, let him come to me and drink. He who believes in me, as the scripture has said, "Out of his heart shall flow rivers of living water."*" Now this he said about the Spirit, which those who believed in him were to receive; for as yet the Spirit had not been given, because Jesus was not yet glorified" (John 7:37-39).

There is a lot of water in the Gospel of John! God thirsts for us, so that we might thirst for Him. We recognize our thirst for God in our human desires. To save us, means to heal us, to re-calibrate human desire to align with God's desire.

*"Say to the fearful of heart: Be strong, do not fear! Here is your God, he comes with vindication; with divine recompense he comes to save you. Then the eyes of the blind shall see, and the ears of the deaf be opened; then the lame shall leap like a stag, and the mute tongue sing for joy. For waters will burst forth in the wilderness, and streams in the Arabah"* (Isaiah 35:4-6). Of the Suffering Servant (the Lamb of God), Isaiah does on to say, "*But he was pierced for our sin, crushed for our iniquity. He bore the punishment that makes us whole, by his wounds we were healed*" (Isaiah 53:5).

What does this mean? What kind of healing can we, should we expect with life in Christ, as we abide in the loving embrace of the Blessed Trinity? God is one, He is whole. When we come into the Divine Life, we are invited into a love that restores our own wholeness, the integrity of the human person, and heals us as we cooperate with grace. We should expect nothing less than spiritual, psychological, physical and relational wholeness with life in Christ in the sacraments. I will be sharing more over the next few weeks from the John Paul II Healing Center, Scripture, and other resources that help us examine our call not only to holiness, but to wholeness.

Fr. Tim

14 de enero de 2024

¡Me encanta el agua! Cuando compré mi primera casa en Georgetown hace 22 años, el primer proyecto importante fue terminar la cerca perimetral. El segundo fue instalar una piscina. Cuando vives en el calor de Texas, ¡siempre es bueno tener agua cerca! Y, si me conoces bien, sabrás cuánto disfruto hacer cruceros y pasar tiempo cerca del océano. El Evangelio de Juan comienza con Juan el Bautista, que significa agua (el río Jordán).

El Evangelio de este domingo incluye el llamado de los primeros discípulos, en el que Juan Bautista reconoce a Jesús como el Cordero de Dios y San Andrés llama a Jesús el Mesías, el Ungido. Este Cordero de Dios tiene una misión: revelar la Gloria de Dios, sufrir y morir. La sangre del Cordero correrá, como agua de su costado.

*Sin embargo, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al momento salió sangre y agua* (Juan 19:34). A través del Bautismo participamos en la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor, y nacemos a una nueva vida. Estamos reconciliados con Dios Padre y tenemos amistad con Dios. El Espíritu de Dios viene a morar en nosotros, como moramos en Dios. Nos convertimos en el tabernáculo viviente del amor de Dios.

El Catecismo habla de la misión del Cordero de Dios, en referencia a su encuentro con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob:

*“Jesús le contestó: Todos los que beben de esta agua, volverán a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca volverá a tener sed. Porque el agua que yo le daré se convertirá en Él en manantial de agua que brotará dándole vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame de esa agua, para que no vuelva yo a tener sed ni tenga que venir aquí a sacar agua.”* (Juan 4:13-15).

*“¡Si conocieras el don de Dios!” La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámolo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él* (CCC 2560).

En Juan 7, al final de la Fiesta de los Tabernáculos “*Jesús, puesto de pie, dijo con voz fuerte: Si alguien tiene sed, venga a mí, y el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura, del interior de aquél correrán ríos de agua viva. Con esto, Jesús quería decir que los que creyeran en él recibirían el Espíritu; y es que el Espíritu todavía no estaba, porque Jesús aún no había sido glorificado.*” (Juan 7:37-39).

¡Hay mucha agua en el Evangelio de Juan! Dios tiene sed de nosotros, para que nosotros tengamos sed de Él. Reconocemos nuestra sed de Dios en nuestros deseos humanos. Salvarnos significa sanarnos, recalibrar el deseo humano para alineararlo con el deseo de Dios.

“digan a los alocados: “Sigan firmes, no teman, que viene su Dios a vengarlos, él les trae la recompensa y viene en persona a salvarlos”. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se destaparán. Entonces saltará el cojo como el ciervo, la lengua del mudo cantará. Pues manarán aguas en la estepa, habrá torrenteras en el desierto” (Isaías 35:4-6). Del Siervo Sufriente (el Cordero de Dios), Isaías continúa diciendo: “Pero fue herido por nuestras faltas, triturado por nuestros pecados; aguantó el castigo que nos salva, con sus heridas fuimos curados” (Isaías 53:5).

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué tipo de curación podemos o deberíamos esperar con la vida en Cristo, mientras permanecemos en el amoroso abrazo de la Santísima Trinidad? Dios es uno, es todo. Cuando entramos en la Vida Divina, somos invitados a un amor que restaura nuestra propia plenitud, la integridad de la persona humana, y nos sana mientras cooperamos con la gracia. No deberíamos esperar menos que plenitud espiritual, psicológica, física y relacional con la vida en Cristo en los sacramentos. Durante las próximas semanas compartiré más sobre el Centro de Sanación Juan Pablo II, las Escrituras y otros recursos que nos ayudan a examinar nuestro llamado no solo a la santidad, sino a la plenitud.

Padre Tim